

Guerra en la paz: una novela de Miguel Delibes

Miguel Delibes es autor de una obra extensa y muy variada. A diferencia de otros escritores, es evidente que en cada una de sus novelas se propone un problema literario distinto, obligando al crítico a acercarse a la visión del mundo peculiar del autor mediante caminos cada vez diferentes. En el presente estudio quisiera alcanzar dicha visión a través de un análisis detallado de uno de sus más interesantes y logrados experimentos, *Las guerras de nuestros antepasados*.¹

¹ Como dice Rafael Conte, comentando la originalidad de esta novela: «Pocas veces un artista ya consagrado se aventura con tal dosis de riesgo y espíritu juvenil, abandonando los caminos que permitieron su consagración, para hollar otros más peligrosos, menos seguros para su tranquilidad» («Miguel Delibes-Agustín García Calvo, entre la inocencia y la sabiduría», *Ínsula*, Año XX, Núm. 343 [mayo, 1975], pág. 5).

Las tensiones internas en la novela

Una lectura atenta de esta reciente novela² revela por lo pronto la presencia, tanto en su forma como en su fondo, de muchas dualidades destinadas a establecer una especie de tensión a lo largo de todo el libro. En efecto, las siete noches de conversaciones entre el recluso Pacífico Pérez y el doctor Burgueño López, que constituyen el torso de la obra, crean un tono de diálogo polarizado en una dialéctica entre dos puntos de vista totalmente opuestos. Esta polarización se refleja estilísticamente en la diferencia entre el habla de uno y otro personaje. Las siete noches, de igual extensión todas ellas, pueden dividirse en dos grupos bien distintos de tres conversaciones

² Barcelona: Ediciones Destino, 1975. (Todas nuestras referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis.)

separados por una intermediaria: las tres primeras, bastante confusas y fragmentadas en cuanto a la cronología, tratan de la «prehistoria» de Pacífico Pérez y de sus recuerdos de niñez y juventud. Durante la cuarta conversación, más clara y con una creciente tensión dramática, hablan los interlocutores del incidente clave en la vida de Pacífico: su idilio veraniego con la Candi y su asesinato del hermano de ésta. Este episodio explica—hasta cierto punto—tanto el interés del doctor en Pacífico como la razón de que Pacífico se encuentre en el sanatorio penitenciario de Navafría. Constituye, sin embargo, un falso clímax, pues en las últimas tres conversaciones, que tratan de las experiencias de Pacífico en la cárcel después de haberse entregado por su crimen, tendremos un segundo clímax —más violento aún y casi tan inesperado como el primero— con la fuga del sanatorio penitenciario de Góyar. En contraste con las tres primeras noches, éstas nos ofrecen un orden cronológico exacto de los acontecimien-

tos que culminarían en dicha evasión, acabando con la segunda entrega de Pacífico Pérez a las autoridades. Si en las primeras tres noches sentíamos una dualidad entre lo específico y lo inconcreto, en las últimas tres domina una tensión dramática entre lo proyectado por los fugitivos y lo que realmente pasó —algo que consigue sostener nuestro interés en el argumento.

En el curso de las siete noches percibimos otras dualidades como las que se dan entre lo histórico y lo eterno y entre la realidad y la ficción. Se enfrentan ahí también criterios contradictorios, tales como el psicológico y el legal. En la misma vena se encuentra la contraposición del campo y la ciudad que concurre en el personaje de la Candi, quien combina una gran sensibilidad con una afectada grosería de expresión. Pero tal vez la dualidad más chocante a lo largo del libro sea la de la violencia frente a la paz, relacionada con el problema del mal y del bien y cifrada en el lema de la novela —una cita de Friedrich Hacker que dice:

«La violencia es simple; las alternativas a la violencia son complejas». Esta tensión entre la violencia y sus «alternativas» constituirá el tema fundamental de la obra —un tema dialéctico en el fondo, pues el problema nunca será resuelto. Si a esto añadimos la dualidad básica que existe entre el tono oral de las conversaciones y el tono escrito de la introducción y el epílogo de la novela (páginas en que el doctor Burgueño se dirige directamente a su lector, contándole las circunstancias de las entrevistas y, luego, la muerte de Pacífico Pérez ocho años después), podemos apreciar la necesidad de una lectura cuidadosa para desenrañar las complejidades de esta novela aparentemente sencilla, resolviendo sus ambigüedades en una interpretación unitaria y completa. Habida cuenta del carácter dualístico de *Las guerras de nuestros antepasados*, destacaré dos posibles niveles de lectura (psicológico e histórico-social) para mostrar cómo las tensiones de forma y fondo se complementan en ella y permiten una doble interpretación: la que

alude a la España del franquismo y de siempre, y la que implica una exploración de la condición humana en general.

Manejo del tiempo y cronología de la acción

Para entender la estructura básica de la novela conviene examinar ante todo el manejo del tiempo desde la perspectiva de cada uno de los interlocutores. Al comienzo del libro, en las cinco páginas de observaciones clínicas que constituyen una introducción al cuerpo del texto, establece ya el doctor Burgueño su entendimiento del modo cómo Pacífico vive en el tiempo. En el primer reconocimiento médico ha observado: «Era evidente que para él no existía más que el presente...» (9). El doctor siente curiosidad por Pacífico, y poco a poco gana su confianza hasta lograr que éste empiece a hacer alguna referencia suelta a su pasado y se preste por fin a grabar unas conversaciones. Hay que recordar, sin embargo, que el doctor escribió esta introducción a posteriori de dichas conversa-

ciones y probablemente después de la muerte de Pacífico. La observación citada antes sobre el concepto del tiempo que tiene Pacífico Pérez se encuentra reforzada por varios de los comentarios que el doctor mismo le hace, sobre todo a partir de la cuarta conversación, que trata de una experiencia bastante reciente. A propósito de ciertos proyectos de la Candi, pregunta el doctor: «¿No proyectabais un futuro común, un futuro para los dos?»; a lo que contesta el recluso: «Mayormente, no señor. O sea, mientras la Candi no quedó preñada ni lo mentó» (160). Pero cuando se entera de que sí está embarazada, se niega a casarse con ella por miedo a que después le pusiera los cuernos. En las últimas tres conversaciones el doctor entiende cada vez menos la actitud de Pacífico hacia sus propios actos pasados y hacia el futuro, sobre todo en cuanto al nuevo juicio que le espera. El médico no comprende ni su falta de preocupación por el futuro ni su fe ingenua en que el verdadero autor de la muerte de un guardia se presenta-

ría, caso de que Pacífico fuera condenado a muerte.

Frente al punto de vista del doctor acerca del concepto del tiempo de su paciente, debemos tener en cuenta, también, la actitud revelada por éste al contar su pasado. Mientras el doctor —un intelectual— procura ayudarle a establecer un orden en lo que relata, Pacífico —un ser instintivo— empieza por mezclarlo todo. Guiado por el médico, logra hasta cierto punto desenredar las situaciones (como veremos más adelante), pero conviene llamar la atención sobre dos detalles significativos. Admite Pacífico que en la escuela le apuraba la aritmética (82) y una vez, hablando de sus antepasados, dice: «Mire, doctor, esto del tiempo, en mi familia, es muy difícil determinar» (69). Así, no hay que fiarse demasiado de la cronología de Pacífico, a pesar de las repetidas alabanzas del doctor acerca de su buena memoria; pero tampoco es de fiar por completo el doctor, ya que en su deseo, crecientemente manifiesto, de defender a Pací-

fico en el inminente juicio, acabará tratando de imponerle sus propios criterios.

La dificultad para ordenar la cronología de la historia de Pacífico surge la primera noche, cuando él salta de una cosa a otra como si el doctor estuviera enterado de todo. Se establece, pues, una tensión entre dos actitudes frente al tiempo: el médico tratará de poner un orden, mientras que Pacífico hablará de lo que se le ocurra, asociando libremente. El equilibrio entre esta contraposición de razonamiento y espontaneidad parece disminuir en la cuarta conversación, cuando Pacífico narra su pasado más reciente. Existe, además, otra razón para que no nos fiemos demasiado de Pacífico Pérez, y es que parece no distinguir bien entre realidad y fantasía, sobre lo cual el médico le llama la atención con cierta frecuencia, preguntándole si no ha exagerado un poco. Pacífico jura siempre que es verdad lo que cuenta, pero también dice estar segurísimo, por ejemplo, de que

recuerda el momento en que nació...

Para guiarle, el doctor tiende a comentar lo que Pacífico cuenta, relacionándolo con otros datos y estimulándole a que interprete situaciones y acciones. A veces utiliza el doctor palabras o expresiones que Pacífico no entiende, para luego tener que repetirse en términos más sencillos. Estas caídas en lo culto, además de enriquecer la gama estilística, ayudan al lector a seguir el hilo de la narración. Notemos cómo en este proceso se supone que el doctor tiene que apoyarse en su propia memoria y en las cintas (las cuales, claro está, podría volver a escuchar entre una entrevista y otra) mientras que nosotros, los lectores del libro, tenemos la ventaja de poder volver a voluntad sobre las «transcripciones» impresas de estas conversaciones.

Empezando por el pasado más remoto, se desprende de una lectura atenta la siguiente información: que el Bisa luchó en la segunda guerra carlista, el Abue en la guerra de África y Padre en la guerra

civil.³ El Bisa, amo de la casa, tuvo tres hijos varones: el tío Teodoro que se marchó a América para la guerra del Chaco,⁴ el tío Paco y el Abue (40). Éste se casó con la abuela Benetilde, la Mística, quien de joven, en la primera década del siglo, había tenido unos trances⁵ y que «al cabo de los veinticinco años del trance[...] perdió el habla» (68).

Una fecha clave para establecer la cronología de la vida de Pacífico es el año de 1957, cuando «se suicidó el jabalí[...], la víspera de lo de la abuela Benetilde» (64). «Lo de la abuela» fue que se suicidó (según Pacífico, «la dio la idea el jabalí»

³ Unas referencias claves ayudan a establecer la cronología de las guerras de estos tres antepasados: «allá por el año 74, para abril» (23) el Bisa parece haber formado parte de la expedición del general Moriones encaminada a liberar Bilbao del asedio carlista; el Abue participó en la desafortunada defensa del fuerte de Igueriben en el momento del desastre de Annual que promovió el suicidio del general Silvestre (1920); Padre tomó parte en las batallas de Brunete y de Teruel (ambas en 1937).

⁴ Entre Bolivia y Paraguay (1932-35).

⁵ Refiriéndose a esto en 1961 Pacífico dice que ahora «va para sesenta años del sucedido» (67).

[95]). La encuentran una semana después de su desaparición de casa, la cual coincidió con el día en que el perro, el *Krim*, «se comió los huevos crudos por primera vez» (96) —delito que repetirá y por el cual será matado más adelante—. Dice Pacífico que su madre se enfermó (de un tumor) «ni la cuarentena de lo de la abuela Benetilde» (100) y que murió «a poco de suicidarse» (83) ésta, pues «Madre no se llevó ni cuatro meses con la abuela» (99).

Pacífico Pérez tenía «diecisiete para dieciocho» años cuando lo de la abuela y dice que «el día que murió Madre, o sea, la víspera, cumplí yo los dieciocho y ya no volví por la capital hasta lo de la mili» (99). Esta referencia a la capital tiene que ver con el colegio adonde le habían mandado los Pérez cuando tenía «trece para catorce, o sea, recién cumplidos» (77). Estuvo «tres años para cuatro» (82) en el colegio. Como nos dice en otro lugar que nació en el mes de abril (128) y como hemos visto que murió su madre el día después de su cumpleaños, cuatro

meses escasos después del suicidio de la abuela, podemos calcular que cumplió dieciocho años en abril de 1958.

De estos datos algo imprecisos se colige que habría nacido en abril de 1940. Pacífico suele referirse a sí mismo en los años anteriores a su estancia en la capital como «cuando chaval». Durante este tiempo, el chico, hipersensible y algo débil, aprendía mucho de su tío Paco, un tipo de filósofo natural, y también le contaban los varones de su casa sangrientas historias de las respectivas guerras. Durante sus años de adolescencia en el colegio, donde se ve obligado a usar anteojos, todavía no ha perdido por completo su aguda sensibilidad; al mismo tiempo aprende lo que es la competencia. Quizá el incidente más significativo de estos años de adolescencia sea una pedrea entre los jóvenes del Humán y los del Otero, que debió de tener lugar durante algunas vacaciones.

Los datos que nos permiten establecer el orden de los sucesos entre la muerte de la madre de Pacífico y el comienzo de

sus amores con la Candi son confusos, pues la combinación de unos muy específicos con otros imprecisos puede dar lugar a algunas disparidades. A la muerte de la madre sigue un período de «guerra» en la casa durante el cual fusilan al *Krim*. Pacífico se hace catador de colmenas (113). Su padre le monta un gallinero moderno «a los tres meses justos» (121) de habérselo pedido el hijo. «Ese invierno» tiene que entrar en Caja para la mili (122), con el resultado de que le dan por inútil.

A partir de la cuarta conversación la cronología es más específica. La próxima referencia temporal es a la Candi, quien «se presentó ese verano en el pueblo» (126). Sus amores durarán cuatro meses (127). Dice Pacífico: «Si ella llegó al pueblo un 28 de mayo, para el 9 de junio ya andábamos liados» (129). Hay varias alusiones a ese verano durante la cuarta conversación, terminando con «una semana antes de ocurrir lo del Teotista. El 3 de septiembre por más señas» (161), cuando la Candi le anuncia que está em-

barazada, «seis días antes» (161), del que mató al Teotista, el 9 de septiembre (189). A la madrugada del día siguiente, el sargento de la Guardia Civil le pone a disposición del juez (172) y es enviado a la ciudad para comparecer ante el juez de instrucción e ingresar en la Prisión Provincial (177), donde entra el día 10 (189). Pasará dos semanas en una celda (178). Durante el juicio, Pacífico no trata de defenderse ni coopera con su abogado, de modo que se interrumpe la vista para dar lugar a que le examinen dos médicos. Reanudado el juicio, es condenado a doce años y un día (187). Empieza a cumplir en la Provincial, pero una noche vomita sangre y le llevan a un hospital donde permanece hasta «tal día como el 17 de agosto del año siguiente» (189), cuando le mandan al sanatorio penitenciario de Góyar. Allí, «para octubre» (217), le visita la Candi con su hijo de «cinco meses para seis» (190). Durante el otoño de ese año participa en los preparativos de una fuga, ayudando a sus compañeros, Patita, el Capullo y el Buque, a

excavar un túnel hasta el exterior —obra planeada y dirigida por el quinto compañero de celda, un tal don Santiago—. ⁶ La noche de la evasión —el 6 de enero— éste mata a un guardia y luego obliga a Pacífico, quien no iba a huirse con los otros, a participar en la fuga. A las diez (265) empiezan a bajar por la cuerda. Don Santiago se despide y, con cinco minutos entre uno y otro (267), le siguen por la nieve. Pacífico acaba alcanzando el pueblo donde se esconde en un montón de estiércol, entregándose finalmente, aunque

⁶ Llegaron a la piedra el 22 de noviembre (237). Les llevó «más de dos semanas» (238) para despegar la piedra «ya en diciembre, la víspera de la Virgen» (240) (debe de referirse a la Purísima Concepción, el 8 de diciembre). Una mujer fue a visitar a don Santiago, «promediado el mes de diciembre» (229) y le llevó cuerda para la evasión. Don Santiago había fijado como fecha para ésta el 2 de enero, pero luego la cambió para el 6, la noche de Reyes (244). El 31 de diciembre se cayó el Buque y estuvo tres días en la enfermería (251), regresando con un yeso de rodilla abajo. El 4 de enero empezó a nevar y nevó sin cesar hasta el amanecer del día 6 (256) por lo cual decidió don Santiago que se escaparían en camisa y calzoncillos para que no se los notara sobre el fondo de la nieve.

en los interrogatorios se niega a delatar a don Santiago como asesino del guardia. De Góyar le mandan al sanatorio penitenciario de Navafría (290), donde ingresa la mañana del 25 de marzo de 1961 (9), siendo reconocido por el doctor Burgueño López. «A mediados de abril» (10) le visita otra vez la Candi con su hijito. «Durante el primer reconocimiento de mayo» (11) menciona por vez primera a una persona de su pasado, y en los días siguientes el doctor empieza a hacerle preguntas, estableciendo cierta confianza entre ellos, la cual culmina en las siete conversaciones grabadas las noches del 21 al 27 de mayo de 1961 (13). Estas conversaciones son anteriores al juicio por la muerte del guardia.

He resumido con algún detalle lo que se sabe de la vida de Pacífico desde la muerte de su madre hasta el momento actual en que está conversando con el médico, no sólo para poder fijar en lo posible el orden cronológico de este período, sino también para mostrar que no es tan precisable como parece. Volviendo el

cálculo de los años a la inversa comprobamos ahora que fue en el verano de 1959 cuando tuvo relaciones con la Candi, lo cual casa bien con la supuesta fecha de la muerte de su madre. Lo que no casa con nuestra cronología es la *edad* de Pacífico, que dijo cumplir dieciocho años la víspera de la muerte de su madre y quien, sin embargo, entró en Caja ese mismo invierno —algo que corresponde a los diecinueve años de edad—. A esto se añade que, según Pacífico, él tenía veintiún años cuando empezaron sus amores con la Candi (127) —la primavera después de lo de la mili—. De este modo desaparecen dos años en la edad del joven, pues no es posible que cumpliera dieciocho años en abril de 1958 y que tuviera veintiún años un año después, en mayo del 59. Si es verdad que tenía veintiún años para esta fecha, entonces habría nacido en abril de 1938, en plena guerra civil, en lugar de nacer una vez terminada. De aquí se concluye que sus propios cálculos son poco fidedignos.

La cronología posterior a la última

conversación entre Pacífico Pérez y el doctor Burgueño se puede resumir rápidamente: el tribunal le condena a muerte, «pena que le fue conmutada por la de treinta años de reclusión por clemencia del Jefe del Estado» (296); el 11 de septiembre de 1969 sufre tres hemoptisis; es llevado a la enfermería donde fallece el día 13 de septiembre (296).

Estructura de la novela

Establecida ya la cronología de los hechos, veamos ahora su relación con la estructura total de la novela. Como se recuerda, las siete noches de conversaciones están encajadas dentro de unas palabras introductorias y otras finales del doctor Burgueño. Estas páginas, en letra cursiva, constituyen el marco del cuerpo principal de la obra y son fundamentales para su comprensión. Desde un punto de vista informativo, nos ofrecen un retrato de Pacífico Pérez al llegar a Navafría, es decir, después de la fuga y antes del segundo juicio, y nos cuentan algunas de las circunstancias inmediatas que conducen a las conversaciones así como la de su muerte, ocho años después. La introducción, dirigida a un supuesto «lector» (13), refuerza el carácter documental del texto que sigue, al describir el proceso de transcripción de las cintas e insistir en su autenticidad «como exponente de una

manera de ser, de una manifestación del léxico campesino de Castilla que, desgraciadamente, por mor del mimetismo urbano y de la televisión, van desapareciendo» (13). El epílogo, más corto, se limita a relatar su muerte. El doctor asiste a las últimas entrevistas de Pacífico con sus familiares, «por voluntad expresa del finado» (296) y es, también, testigo del matrimonio de Pacífico, en estado de coma, con la Candi. Su punto de vista al final parece ser, pues, el de un *testigo* que nos ofrece el relato objetivo del fallecimiento de Pacífico Pérez.

Tal objetividad no existe, puesto que no se trata de un documental real sino de un elemento en un obra de ficción dentro de la cual el doctor mismo es uno de los personajes principales. A lo largo de las conversaciones, este personaje se desarrolla como un ser humano comprometido, cuyo interés por el recluso parece ser, al principio, científico, pero acaba siendo sumamente humano, hasta afectuoso. En la introducción nos brinda unas precisiones acerca de su propia relación con Pa-

cífico con anterioridad a las grabaciones, cuando dice que «mi curiosidad inicial se convirtió en una verdadera obsesión por ayudarlo, puesto que su situación no era envidiable en ningún aspecto» (10). El doctor ve a Pacífico como «un desplazado, un ser desamparado y fuera de sitio» (10), y esta actitud se advierte en su manera de tratarle durante las conversaciones. Pero parecería que hubiera algo más—una especie de hondo interés vital que le empuja a entrar en comunicación con Pacífico—. En la introducción, el doctor describe el largo y difícil «proceso hasta conseguir una conexión confidencial» (10-11), y dice que «por mi parte yo le contaba igualmente mis años infantiles en el pueblo y él gustaba de confrontar mis observaciones con sus personales experiencias» (12). Tienen, pues, algo importante en común: ambos crecieron en un pueblo. El interés del médico hacia Pacífico es más que profesional: está basado en unas experiencias análogas y es probable que el médico, hombre culto y bueno, haya visto un *alter ego* en Pacífico

y que las experiencias de éste le sirvieran de espejo, no de lo que actualmente es, sino de lo que hubiera podido llegar a ser. Como ser humano habrá reconocido en Pacífico, pues, al hermano extraviado. Esto explica mejor su deseo de ayudarle —un deseo al que sólo vagamente se refiere en estas primeras páginas para no revelarnos de antemano el propósito que se oculta detrás de estas grabaciones, y así no privarnos por anticipado de la creciente tensión dramática entre los dos hombres—. El médico que se dirige al lector es, pues, un participante tanto en las siete conversaciones como en la vida de Pacífico Pérez desde su llegada a Navafría. Y como tal participante, no como el observador exterior y neutral que pretende ser, asiste en calidad de testigo a las últimas horas de la vida del recluso.

Esta observación nos hace comprobar que *Las guerras de nuestros antepasados* tiene, en realidad, dos líneas de desarrollo en vez de una sola: la historia de Pacífico Pérez, desde su «prehistoria» hasta su muerte, y la del doctor, desde que conoce

a Pacífico hasta que firma la introducción y el epílogo. La primera y la principal es la más obvia, mientras que la segunda, sutil y callada, se afirma poco a poco a lo largo de las conversaciones tras haber sido sugerida en la introducción. La historia de Pacífico es la de sus hechos, mientras que la del médico es misteriosa e interior, y por eso resiste a cualquier esfuerzo por establecer su desarrollo temporal. A lo largo de la novela ambas historias se van aproximando y juntando hasta fundirse al final, llegando a ser una: el libro que tenemos entre las manos. La historia de Pacífico Pérez se nos revela gradualmente a través de la información que él mismo nos proporciona guiado por las preguntas y comentarios del médico. La historia del doctor es involuntaria de su parte, y hay que rastrearla a través de sus observaciones, dirigidas tanto al lector como a Pacífico, y de sus reacciones frente a lo que el recluso cuenta.

La historia de Pacífico puede dividirse en cinco fases, que corresponden a las

principales divisiones estructurales de la obra: su niñez y adolescencia en el pueblo, mezcladas con la historia de algunos de sus antepasados, están relatadas en las primeras tres noches de conversaciones; el incidente culminante de su vida pueblerina —los amores con la Candi y el asesinato del Teotista— ocupan la conversación central, o sea, la cuarta; su subsiguiente estancia en Góyar, que acaba con el episodio de la fuga y captura, están narradas en las últimas tres conversaciones; el tiempo actual de las siete conversaciones, anterior al segundo juicio, está fijado en la introducción; y su muerte está descrita en el epílogo. En el transcurso de esa vida existen ciertas recurrencias que también corresponden a los bloques temporales. Por ejemplo, al final de la cuarta conversación Pacífico se refiere a su propio crimen y luego, al final de la séptima, se muestra dispuesto a aceptar la responsabilidad por otro crimen del que en realidad no es culpable; es sometido a un juicio como resultado del primero, y en el momento en que se

graban las conversaciones está esperando un segundo juicio; estuvo en un sanatorio penitenciario (Góyar) como resultado del primer juicio, y quedará en otro (Navafría) después del segundo; en el curso del primer juicio es sometido a un examen psiquiátrico, y estas conversaciones con el doctor hubieran podido utilizarse en su segunda defensa si así lo hubiese autorizado el acusado.

Si estos dos episodios constituyen sendos momentos culminantes en su vida, añadiendo al desarrollo de su historia un poderoso elemento dramático y creando para los lectores una suspensión argumental, el interés principal del doctor, según se revela tanto durante el curso de las conversaciones como en sus comentarios introductorios y finales, se dirige más bien a los impulsos psicológicos detrás de los actos llevados a cabo por Pacífico. He aquí que el médico, cuya presencia temporal en la acción de la novela empieza al ingresar Pacífico Pérez en el sanatorio de Navafría y se hace sentir con creciente intensidad durante las siete

noches de conversaciones para acabar con la muerte del recluso, va dejando su papel de observador «curioso» a medida que adquiere una participación más profunda y humana en la historia del recluso hasta llegar a intervenir obsesivamente en la existencia de ese hombre. Ésta es, pues, la historia del doctor: una historia en el «presente» temporalmente delimitado por la estancia de Pacífico Pérez en Navafría, que poco a poco va enriqueciéndose conforme crece su interés vital en el recluso.

A lo largo de las conversaciones se ve el cambio en su actitud hacia Pacífico. En las primeras tres se ha mostrado en control de la situación, queriendo interpretar los hechos a la vez que los va estableciendo y ordenando. Pero al mismo tiempo hay que señalar que el doctor, acentuando lo que él llama el «espíritu pacifista» (89) de Pacífico, no sólo influye sobre nuestra opinión acerca del joven sino que demuestra cierto deseo propio de encontrar a Pacífico mejor de lo que en verdad es. Lo cierto es que a tra-

vés de sus preguntas y observaciones subraya las malas influencias, tanto de los antepasados de Pacífico como de la sociedad en general, en la corrupción del *bon sauvage*. En la cuarta conversación se destaca su falta de comprensión ante el comportamiento de Pacífico, sobre todo en cuanto a la pasividad de éste en sus relaciones con la Candi y su ausencia de motivación en el asesinato del Teotista y su reacción a posteriori. «Ya está usted como el abogado, oiga» (165), le dice Pacífico, reaccionando al tono de insistencia y a la manera de hacer preguntas del médico —una acusación que repetirá más adelante—. En las últimas tres conversaciones se hace creciente la incompreensión del doctor y su deseo de defender a Pacífico, esforzándose por encontrar una explicación racional para sus acciones tanto en el caso de la Candi y el Teotista como en el de la fuga de Góyar. En este último caso procura destruir lógicamente la idealización que Pacífico ha hecho de don Santiago, y cuando él se resiste, acusando al doctor de tener algo en contra

de «el Cerebro», aquél pierde la calma, apasionándose. (Irónicamente su propia defensa de Pacífico recuerda la ciega defensa que éste hace de don Santiago.) Se produce, pues, un choque entre dos maneras de ver la realidad, y las conversaciones adquieren un tono de lucha, reforzado por las reiteradas promesas de silencio por parte del médico, quien asegura a Pacífico que no contará nada de esto sin su permiso. En efecto, la imposibilidad de reconciliar estos dos puntos de vista acaba dominando el contenido de las conversaciones para estallar, al final de la última, en la violencia cuando el doctor le pide la autorización para entregar a la defensa las cintas y Pacífico Pérez reacciona alzando una silla y diciendo: «¡Me cago en diez! Antes lo escacho, fíjese» (294). Con estas palabras finales marca Pacífico una distancia frente al que tanto quería ayudarle. El científico no ha logrado ni entender ni convencer a este ser elemental quien, al final, le rechaza volviendo a establecerse la separación que originalmente existió entre los dos.

Pero, ¿qué ha significado para el médico esta confianza de que gozó? En ningún lugar nos da la respuesta, pues nunca habla de sí mismo. Sin embargo, debajo de la materia conversada se sienten palpar y desarrollarse los pensamientos y reacciones del bienhechor desengañado. Se supone que su relación con Pacífico afectaría de algún modo al recluso, pues éste le pide que asista a sus últimas entrevistas familiares antes de morir y le da permiso para imprimir las conversaciones, pero la verdad de los sentimientos humanos que pudieran existir de parte de cada uno se nos oculta. La historia del doctor acaba cuando asiste como testigo, con el tío Paco, al matrimonio de Pacífico *in artículo mortis* (297); han convergido las historias de los dos interlocutores en el momento de la muerte de uno de ellos. Y el otro, ¿por qué está empeñado en publicar estas conversaciones? En su introducción sugiere que es por interés psicológico, y habla de su valor como documento lingüístico. Todo eso está bien, pero los verdaderos

motivos de este narrador que es, a la vez, personaje, quedan en el misterio. Su historia, que llega a estar tan relacionada con la de Pacífico Pérez, es uno de los aspectos secretos de la novela.

Las voces narrativas y sus destinatarios

Las historias de estos dos personajes principales se manifiestan de una manera compleja: la de Pacífico se declara al doctor, quien, a su vez, se la transmite a su hipotético lector, mientras que la historia del doctor mismo nos es revelada involuntariamente a través de todo el libro. Para una comprensión profunda del significado de *Las guerras de nuestros antepasados* hay que analizar con especial cuidado las múltiples relaciones entre las voces narrativas y sus destinatarios.⁷ Hemos señalado la existencia de una dualidad entre lo oral del cuerpo de la novela

⁷ Luis González del Valle ha considerado desde cierto ángulo el problema del punto de vista narrativo así como otros aspectos de esta novela en «*Las guerras de nuestros antepasados: un estudio de sus puntos de vista y ambigüedad*», en Vicente Cabrera y Luis González del Valle, *Novela española contemporánea: Cela, Delibes, Romero y Hernández* (Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1978), págs. 80-95.

y lo escrito de la introducción y el epílogo. El tono verbal y coloquial de las conversaciones contrasta, así, con el estilo más formal del marco. Conviene no olvidar, sin embargo, el carácter ficticio tanto de las conversaciones como del supuesto documento que pretenden constituir, en suma, de todo el libro, ya que la destreza estilística de su autor pudiera hacernos pasar por alto, en virtud de la verosimilitud, el hecho de que se trata de una invención literaria. La refinada técnica empleada por Delibes se disimula a sí misma para dar la falsa impresión de una realidad obvia cuando, en verdad, estamos en presencia de una obra de arte sumamente compleja.

Hay en la novela una diversidad de voces narrativas, pero debemos insistir en que cada una de ellas está dirigida a un destinatario determinable, quien, a veces, pasa la información correspondiente a otro destinatario, con lo cual se aumenta lo problemático del contenido de la comunicación. La primera de estas voces sería la del autor implícito quien, en este

caso, ha optado por no hablar con sus propias palabras. Lo único que puede serle referido directamente es el título de la obra y el lema de Friedrich Hacker que cubre todo el libro. Nosotros, los lectores que tenemos conciencia de que *Las guerras de nuestros antepasados* es una obra de ficción y de que la leemos después de su publicación como tal en 1975, somos los destinatarios de esa voz casi ausente, como lo seremos, indirectamente, de todas las comunicaciones contenidas en la obra.

El narrador principal, el doctor Burgueño —a la vez personaje de la novela—, le ofrece a un destinatario ficticio una supuesta transcripción textual, con algunos arreglos mínimos, de las conversaciones grabadas. Se trata, pues, de un «documento» imaginario, con una introducción y un epílogo escritos por el doctor, quien refuerza la ilusión de realidad introduciéndolo así: «Fueron, pues, siete noches consecutivas de diálogo, cuya traducción brindo al lector seguidamente, pidiendo de antemano perdón por los errores a

que una deficiente grabación pueda haberme inducido» (13). Se siente la presencia de la voz del doctor hablándole directamente a este lector, no sólo al comienzo y al final, sino también a lo largo de las conversaciones, cuando formula una pregunta u ofrece un comentario en palabras que Pacífico no puede entender y tiene que repetirse en forma más sencilla a beneficio de éste. No sabemos si esta manera más culta de expresarse está destinada al «lector», si tiene la intención de impresionar a los futuros jueces de Pacífico, o si no se trata de su caída en el lenguaje que le es habitual; lo probable es que todas esas intenciones concurren, pero en todo caso se puede comprobar que el tono es parecido al empleado en el marco. Este lector ficticio es, además, destinatario indirecto de las otras comunicaciones dentro del «documento». Tanto él como los lectores de la novela son destinatarios de la palabra escrita; todos los otros son *oyentes* imaginarios. El primero de éstos es Pacífico Pérez quien, en cuanto interlocutor, es destinatario, en

mayo de 1961, de las preguntas y comentarios del doctor. Invirtiendo los papeles, el doctor es el destinatario oyente en las mismas conversaciones de la otra voz narrativa principal, la de Pacífico Pérez que le responde: todos los datos pertenecientes a la vida y «prehistoria» del recluso están filtrados a través de su propia voz. El destinatario directo —el médico— procura extraer y ordenar la información, tratando de separar —con poco éxito— la fantasía de la realidad. Desempeña, pues, un papel muy activo en la recolección y difusión de los datos suministrados por Pacífico. El doctor es, también, indirectamente el destinatario de las muchas voces narrativas de las que Pacífico se hace portavoz durante sus conversaciones.

A lo largo de éstas, pues, la voz narrativa del recluso le transmite al médico, en su propia versión o por discurso indirecto, no sólo las experiencias de su vida sino también los datos que pudieran considerarse, a su vez, suministrados por voces narrativas de otros personajes, los

cuales, claro está, nunca pensaban que sus palabras iban a ser repetidas. Pacífico relata, por ejemplo, las historias que le narraban sus antepasados o las de tres de sus compañeros de celda en Góyar. De esta manera llegan a los lectores de la novela desde una distancia remota y a través de la visión y lenguaje de Pacífico estos acontecimientos, circunstancias o detalles acerca de cuya exactitud no dejan de insinuarse dudas en nuestro ánimo.

En todos estos casos el papel del destinatario ha de ser activo, pues necesita interpretar los datos ya previamente seleccionados por una determinada voz narrativa para tratar de establecer críticamente qué es la verdad. Pacífico Pérez, la principal fuente de información, no es nada fidedigno. Al transmitirle al doctor de segunda mano las historias de su familia o de los otros reclusos, las selecciona, adapta y comenta, ofreciendo su propia versión de lo que pasó —una versión que elaborará o defenderá todavía en reacción a las preguntas y comentarios del médico—. Tanto al relatar cómo le

han tratado los profesionales de la ley y de la ciencia médica en ocasión de su primer proceso como en los demás casos, le ofrecerá al doctor sólo una versión parcial. Por otra parte, al narrar su propia vida, con elementos reales y otros increíbles, se nos revela directa e involuntariamente como ser humano. A pesar de que pretende ser objetivo, el doctor se siente cada vez más envuelto en la historia de Pacífico, identificándose con él hasta el punto de que, no pudiendo entender sus actitudes, trata de influir sobre su conducta para ayudarle, perdiendo así la distancia y la imparcialidad.

Como un abogado que defiende a su cliente, el doctor entrega a su lector ficticio este «documento» precedido de unas observaciones de carácter psicológico que solicitan desde el comienzo una lectura en espíritu de simpatía y comprensión. Este lector ficticio, en posesión de los «datos», ha de juzgar por sí mismo el caso de Pacífico Pérez como si él fuese uno de los jueces en el proceso venidero. Es, en realidad, un ejercicio fútil, pues le

llega a las manos esta información después de la muerte del recluso; pero surgen problemas interesantes como: ¿qué influencia hubieran tenido las transcripciones de estas conversaciones si Pacífico hubiese permitido que se utilizaran (sabiéndose, entonces, la verdad del papel de don Santiago)?, o ¿qué habría pasado si le hubieran puesto en libertad? Relacionada con esta última pregunta, así como con el contenido de las conversaciones, está la cuestión de cuál es el papel de la herencia biológica y del determinismo histórico-social en la conducta de este individuo.⁸ Éstos son problemas con que tiene que bregar el lector ficticio del doctor Burgueño. Nosotros, los lectores del autor implícito y de *Las guerras de nuestros antepasados* como obra de ficción, hemos de ser aún más activos, pues incorporando la supuesta lectura hecha por el lector ficticio del pretendido «do-

⁸ Sobre este tema trata el artículo «Determinismo y violencia en *Las guerras de nuestros antepasados*» de Pedro Carrero Eras (*Ínsula*, Año XXXI, Núm. 350 [enero, 1976], págs. 1 y 10).

cumento», debemos tratar de interpretar el libro total como una obra de arte. A esta última lectura responde el presente trabajo.

El lector ficticio pertenece al mundo imaginario de los personajes. De la misma manera que el doctor, con cuya ayuda cuenta, y los imaginarios representantes de las profesiones médica y legal, este lector procurará entender el carácter de Pacífico Pérez a base de la información disponible. Un conocimiento de la «pre-historia» de Pacífico coloca en perspectiva su conducta y ayuda a entender tanto su psicología como sus acciones dentro de un contexto histórico-social. Tomando en cuenta la violencia innata de la familia de los Pérez, así como las influencias sociales en que Pacífico crece y vive, el lector ficticio podrá interpretar al recluso desde el punto de vista de la herencia biológica o desde el del determinismo del medio ambiente.

Los lectores reales de la novela debemos considerar estas dos maneras de interpretar la conducta del personaje su-

geridas por el fingido documento para alcanzar niveles de interpretación más profundos de la novela misma como obra de arte. Teniendo en cuenta la presencia, antes mencionada, de una serie de tensiones, así como la recurrencia de ciertos temas a lo largo del libro, creo poder proponer dos interpretaciones de la novela, complementarias entre sí: 1) como una representación simbólica de la España franquista y de sus raíces históricas, y 2) como una exploración de la condición del ser humano primordial.

Aspecto histórico-social de la novela (guerra en la paz)

Para la primera de estas interpretaciones es esencial tener en cuenta el tiempo, tanto ficticio como histórico, dentro de la novela. Hemos visto que en las guerras de los tres antepasados combina Delibes datos históricos (batallas, figuras militares) con acontecimientos novelescos, estableciendo en cada uno de los casos una identificación entre sendos modos de matar y el tipo de guerra que se hacía. «Lo del Bisa era el cuchillo» (25), dice Pacífico, y en efecto, el arma empleada es la bayoneta. «Lo del Abue la puntería» (51), y hay en su historia mucha matanza por fusilería. «Lo de Padre eran las “Lafite”, las bombas de mano» (54), y en efecto, se narra cómo él cazaba tanques. La historia de España está vista, pues, como una serie de guerras, una para cada generación, en que lo importante es la violen-

cia misma.⁹ No hay ninguna referencia a los motivos políticos de estas guerras; los tres antepasados ven la guerra como lo más normal del mundo: «Todos tenemos una guerra como todos tenemos una mujer» (28), según el Abue. Los Pérez están esperando la guerra de Pacífico, pues, según el Bisa: «Tu guerra ya no puede demorar, Pacífico. Nunca se estuvo tanto tiempo sin guerras. Y así que le dije que no veía el motivo, el Bisa se arrancó a reír, y que, apañados estaríamos si las guerras necesitasen motivos» (56).

El tema de la guerra como manifestación de la índole del pueblo español está confirmado por la enemistad inveterada, permanente e injustificada de los dos sectores del pueblo: los del Humán y los del Otero, cuyas rencillas, según el Bisa, databan de atrás, «de cuando los moros» (19). Esta antigua hostilidad entre españoles sale a la superficie en la ocasión de

⁹ José Ortega se ocupa de este aspecto de la novela desde una determinada perspectiva en «Dialéctica y violencia en tres novelas de Delibes» (*American Hispanist*, 1, Núm. 9 [mayo, 1976], 10-14).

la cantea, descrita como si fuera una guerrilla con «munición» y «contrafuertes» (89). El negocio del señor Nestorio, donde se firmaban las paces, sirve de zona neutral entre las dos partes («Yo soy de todos, zagales», decía éste, «el comercio no pelea» [84]). Al final de la pedrea, los dos jefes, el Teotista y el Agatángelo, «sacaron pañuelos blancos y que las paces» (91) —un armisticio que anticipará el modo cómo Pacífico se va a rendir después de la fuga. Preguntado por el doctor acerca de por qué había accedido a la exigencia del Abue y del Bisa a que tomara parte en la cantea, contesta Pacífico: «Yo prefería la cantea en la cerviguera a la guerra en casa» (89); y es que la vida entre los Pérez varones, con su mucha violencia, es otra aparición del tema de la guerra en la novela. Las diferencias entre hermanos se ven en el Abue y el tío Paco, que no se entienden en nada (para alejar a Pacífico del espíritu pacifista de su tío, los antepasados le mandan al colegio). Pero si el tío Paco no es agresivo, las otras tres figuras masculinas de la fa-

milia sí lo son. Tal fama tienen, que en el pueblo los llaman «el batallón de los Pérez» (62). No se siente que los una ningún cariño; al contrario, puede brotar entre ellos una terrible crueldad, como se muestra cuando el Bisa castiga a Pacífico por su mero papel de suministrador de piedras en la cantea, arrimándole un mazo de cohetes que le revienta en las manos. El único «motivo» de tal brutalidad fue su decepción en cuanto al poco entusiasmo bélico de Pacífico. La guerra por la guerra parece ser la filosofía de los hombres de esta familia, y están dispuestos a practicarla en cuanto puedan.

El tema de la guerra, que evidentemente es central en el libro, está presentado en diferentes planos y con diferentes matices, desde lo crudo hasta lo grotesco. Por ejemplo, «la guerra» que estalló en la casa a raíz de la muerte de la madre de Pacífico es una parodia bufa en que, según Pacífico, «todavía estaba Madre de cuerpo presente y ya andaba el Bisa dando órdenes» (104). Después del entierro en el camposanto del Otero (adonde éste

se ha negado a subir, aunque sí subirá por razones de «guerra» cuando fusilen al perro), encuentran al Bisa «con la guerra puesta, tocando la corneta sin dejarlo» (105). Según él, ya que quedaban solos, había que «hacer vida de hombres» (106); y así la casa se convierte en una especie de campo de instrucción en que los tres se levantan con la diana y, vestidos de antiguos uniformes y con la escopeta al hombro, marchan en formación, obedeciendo las órdenes que el Bisa, sentado en su silla de ruedas, les imparte. Este disparate sólo se acaba cuando Corina, la hermana de Pacífico, no puede más e impone las paces con un acto igualmente ridículo. La única acción militar, si así pudiera llamarse, de esta «guerra» fue el fusilamiento del *Krim*, una ejecución grotesca llevada a cabo por Pacífico y sus tres antepasados «con las ropas de cuando sus guerras, con medallas y todo» (109). Primero sentenciaron al perro, luego le llevaron al camposanto, «escoltándolo, como si se tratase de una persona humana» (109). Hasta quisieron vendarle

los ojos antes de fusilarlo. Y el Bisa, «a reír, cuej, cuej, cuej, déjale estar, eso es que los tiene bien puestos» (110).

Estas explosiones de violencia privada sustituyen, pues, a la violencia organizada cuando no hay declarada una guerra propiamente dicha. Tanto en un caso como en el otro, según la concepción del autor no existen verdaderos motivos sino sólo pretextos. Con esto se liga el tema de la relación entre la virilidad y la violencia, ilustrado por el caso del asesinato del *Krim*. El Bisa decía que «mientras los hombres tuviésemos huevos[...] habría guerras» (55-56). Por eso cuenta Pacífico que: «Si no había acabado yo de nacer y ya andaban el Bisa y el Abue hurgándome entre las piernas, con que si era mucho o si era poco» (28); por eso también le llevan al médico, años después, a que le reconozca las partes viriles; y por eso, cuando Pacífico le da el golpe de gracia al *Krim*, le felicitan diciendo: «¡Bien, Pacífico!, ¡ya eres un hombre!» (111). Según los Pérez, pues, el ser hombre es «tener algo entre las piernas», lo cual equivale a la

capacidad de matar (cuando se suicida la abuela Benetilde, el Bisa brinda por ella diciendo: «Por la difunta, la única mujer que he conocido con algo entre las piernas» [99]).

Nada sorprende, por consiguiente, que la iniciación sexual de Pacífico se parezca a una cacería en que el enemigo perseguido es la mujer. Todo este largo acoso, llevado a cabo entre los dos jóvenes en cueros por el desierto pueblo de Prádanos, para acabar con la rendición y la cópula, tiene la brutalidad del celo de los animales. En efecto, tanto en ésta como en las otras ocasiones de fornicación descritas en la cuarta conversación, la Candi se comporta como la hembra que primero atrae y luego se hace perseguir y cazar antes de entregarse. Obsérvese que esta relación sexual no iba acompañada de los sentimientos humanos que suelen integrar lo que llamamos amor. El poder del acto sexual hace que Pacífico se olvide de todo, según explica al doctor cuando dice: «No pensaba más que en la hora de juntarnos, ésa es la

verdad, o sea, en hacerlo, que ni me recordaba de las colmenas, ni del gallinero, ni de nada de nada» (153). Ha perdido toda iniciativa, y no hace más que seguir las órdenes de su amante, la cual le controla por completo. En este estado de abulia matará, sin provocación ni motivo, al hermano de la Candi, el Teotista. Su acto de violencia animal recuerda un momento terrible en la historia del Bisa cuando éste mató a machetazos, sin averiguar nada, a un niño que, asustado, había surgido del heno donde los soldados dormían. Entre el acto sexual y la guerra hay, pues, poca diferencia.

Esta idea se ve reforzada por las historias de los otros tres reclusos en la cárcel de Góyar, todos presos por haber cometido un crimen relacionado con el sexo: el Capullo mató al marido de una mujer con quien antes había estado ligado, violando a ésta después; el Buque asesinó a su esposa adúltera, embarazada de otro; y Patita mató a un compañero suyo, homosexual, que había intentado abusar de

él.¹⁰ A la vez que muchas semejanzas entre Pacífico y sus compañeros, existen ciertas diferencias de carácter, siendo la más importante su actitud hacia el futuro y hacia la libertad —una diferencia que el doctor pone de manifiesto a través de sus preguntas—. Por contraste con Pacífico, los tres quieren huir de la cárcel, aunque ninguno lo piense bastante para asegurarse de que no ha de volver a la prisión: el Capullo sólo desea arrimarse a la mujer que violó; el Buque quiere matar al amante de su esposa; y para vivir a solas en el campo, Patita está dispuesto a arriesgar una evasión cuando sólo le faltan unos meses para cumplir su condena. Por otra parte, se parecen también a Pacífico en su manera de pensar y de razonar. Aunque a primera vista parezca grande, la diferencia entre Pacífico y sus tres compañeros es más bien una diferencia de grado.

¹⁰ La fornicación resulta ser el tema de conversación predilecto de estos tres reclusos, quienes prefieren que Pacífico describa sus amores con la Candi en vez de contar cómo mató al Teotista.

Más parecido en su sensibilidad a su tío Paco que a los otros varones de su familia, a Pacífico le gusta evitar líos, problemas y conflictos. El doctor denomina a este aspecto de su carácter su «espíritu pacifista» (89), algo que el lector de la novela asocia inmediatamente con su nombre. El nombre de Pacífico Pérez podría sugerir la imagen del español corriente (Pérez) que, en este caso individual, a diferencia de otros muchos, tendría un carácter pacífico. Esta visión del personaje se debe en gran parte al punto de vista poco objetivo del doctor quien, como se ha visto, desea crearse una imagen favorable del recluso. En realidad la «paz» que tanto busca este personaje es más negativa que positiva: quiere huir de la vida. Para gran sorpresa del doctor, Pacífico nunca ha sentido la urgencia de escaparse, sea del hospital, sea de la cárcel. La cárcel representa para él la seguridad, la tranquilidad. Cuando se ve obligado a huir con los otros en la evasión, se rendirá tan pronto como pueda. Así, la cárcel es para él una especie de libertad.

En vez de envidiar a los de fuera, se dice al ingresar en Góyar: «De buena te has librado, Pacífico» (201), pensando en su familia, en los de su pueblo y en la Candi. Prefiere treinta años de prisión a la existencia normal pues, como dice, «lo que ocurre fuera ya me lo sé, mire, los unos contra los otros» (292). Casi nunca en su vida ha tomado la iniciativa. Sumiso, callado, acobardado a veces, es la encarnación de la pasividad. En este estado, claro que no le preocupa para nada el futuro, pues el hacer proyectos y tener ilusiones requiere un esfuerzo mental del que es totalmente incapaz. Siendo pasivo, necesita una figura de autoridad que le mande. En su familia esta autoridad se dividía entre las voces de violencia y la del tío Paco, que constituía una especie de equilibrio débil frente a los tres antepasados.¹¹ Durante sus relaciones con la Can-

¹¹ El papel de las mujeres de la familia como pacificadoras es poco desarrollado con la excepción de Corina, quien se impone con fuerza cuando las cosas van mal. Claramente el autor no ha querido presentar un equilibrio que compense al cuadro de la violencia.

di, la obedece dócilmente. Por último, en Góyar, tiene como jefe al misterioso don Santiago que, según Pacífico, «verle y recordarme de mi tío Paco fue todo uno» (194). Este personaje, quien concibe y planea la fuga, el único de los reclusos capaz de pensar en su propio futuro y el único que logra efectivamente la libertad, es colmado de atenciones por sus cuatro sumisos seguidores, que respetan cualquier deseo suyo. Es en la relación de Pacífico con don Santiago donde se traslucirá una más honda significación del nombre del protagonista y del papel que al Cerebro le corresponde en la novela.

Recordemos que la historia de Pacífico tiene lugar dentro de un mundo y una época concretos. A pesar de la insistencia por parte del autor en la violencia como algo recurrente, y por eso, eterno y primordial, la violencia de *Las guerras de nuestros antepasados* tiene lugar dentro de un cierto momento histórico de España. Hemos visto que Pacífico nació al final de la guerra civil, o inmediatamente des-

pués de terminada. Delibes incluye bastantes referencias específicas a la sociedad española de los años cuarenta y cincuenta, hasta comienzos de los sesenta, para reforzar esta sensación de temporalidad. Si el Bisa y el Abue disfrutan de su ocio, como los militares retirados, recordando sus maravillosas guerras de antaño, Padre no tiene tiempo para tales remembranzas: está «amortizando» con sus tractores, abriendo nuevos campos, y ganando cantidades de dinero. Su filosofía se resume en este consejo que le da a Pacífico: «Sangra o te sangrarán» (120). Representa, pues, al campesino ya maduro que aprovecha la coyuntura para, a fuerza de su propia iniciativa y trabajo, hacerse un dineral durante las primeras décadas del franquismo. Tal vez por eso lleva el nombre algo irónico de «Felicísimo». Una descripción bastante graciosa de Padre en Gibraltar, tratando de provocar a los ingleses a la guerra, trae a la mente la estéril pero continua campaña de la prensa de esa época para darles a los españoles un «enemigo» contra quien vo-

cear.¹² Las delirantes ideas pseudo-científicas del veterinario Emigdio acerca de la cría de las gallinas son una caricatura del pretendido progreso técnico en este país al final de los cincuenta y comienzos de los sesenta.¹³ Prádanos, el abandonado pueblo natal del Bisa, con su iglesia-monumento nacional, refleja el comienzo de la despoblación de Castilla

¹² Es cosa muy conocida que desde el comienzo del régimen franquista se utilizó el tema de Gibraltar para exaltar los ánimos y dirigirlos hacia un objetivo externo (véase, por ejemplo, el libro *Por el Imperio hacia Dios: Crónica de una Posguerra* [Barcelona: Planeta, 1978], por Rafael Abella).

¹³ En todo el libro hay una caricatura de ciertos rasgos de la sociedad española bajo el franquismo, tales como la pretendida «revolución avícola» de este socio de Pacífico que pretende dar vino a las gallinas, luego sustituir los piensos por salvado para ahorrar dinero (125) y finalmente ponerles lentes (190), todo lo cual nos recuerda, entre otros disparates, el supuesto descubrimiento de un motor de agua para el que, según informaban los periódicos, «un inventor español utiliza la cohesión molecular con un motor de su invención, movido simplemente por agua sin aditamento alguno, lo que supone una verdadera revolución en el campo de la ciencia. El inventor se llama Francisco Gascón» (citado por Rafael Abella en *Por el Imperio hacia Dios*, capítulo XII,

así como el creciente interés en la conservación de sitios de valor histórico y artístico. En la figura de la Candi, esa chica que vuelve a su pueblo con las costumbres de la ciudad, vemos una personificación de la nueva juventud formada en el seno del franquismo. Agresiva, mandona, sexualmente liberada, ella fuma cigarros —luego hierbas—, jura como un hombre y anda sin sostén. Con sus utópicas ideas acerca de la vida en la naturaleza, su retórica acerca de la mujer como «madre, querida y criada» (150), y sus prejuicios acerca de los mayores de cuarenta, la Candi anticipa los lugares

«Lo insólito como hecho cotidiano», pág. 169). También cita dicho capítulo la noticia de agencia de junio de 1950: «“El sacerdote don Miguel Quetglás afirma poder «fabricar» oro mediante procedimientos eléctricos a partir de elementos no auríferos. Los científicos desmienten tal noticia tachándola de absurda. Sin embargo, don Miguel asegura que fabricar un miligramo de oro le cuesta lo que una libra de pan. No ha dado a conocer detalles de su procedimiento, que afirma querer entregar solamente al Estado”» (pág. 169). Esta noticia así como ciertas declaraciones del Caudillo sobre fantásticos yacimientos de oro nos son traídas a nuestra memoria por la codicia de la Candi que busca afanosamente y en vano dicho metal (154-56).

comunes juveniles que tanto prevalecerán en los años sesenta.¹⁴ Finalmente, en la introducción, el interés arqueológico del doctor en las costumbres y el lenguaje regionales que ya van desapareciendo por efecto de la tecnología, pero que también, gracias a ella (el magnetófono) pueden ser conservadas, nos comunica una fuerte sensación de época, una sensación reforzada por el hecho de que sea un médico, no un sacerdote, el interlocutor de Pacífico, pues según expresión de la Candi, «después de inventarse el psiquiatra, los curas a esconder» (132). El doctor mismo, con sus técnicas psicológicas, su espíritu progresivo, su deseo de comprender, proteger y ayudar al «pobre», representa toda una mentalidad liberal que empieza a prevalecer a partir de los años sesenta.

En la sociedad del franquismo, según se encuentra reflejada en la novela, don-

¹⁴ Es, sin embargo, básicamente una española tradicional que abandonará toda esta pose para exigirle el matrimonio a Pacífico cuando se encuentra embarazada.

de la violencia después de la guerra sigue manifestándose en las conductas privadas, hay también, para contraste, unos cuantos personajes que representan la razón, la conciencia y la benignidad. De una manera u otra, todos se muestran hasta cierto punto impotentes frente a los impulsos violentos, lo cual da a entender que las alternativas a la violencia, además de ser complejas, son por lo pronto casi inalcanzables. Entre los del pueblo, el médico don Alfaro, que el doctor en sus conversaciones con Pacífico califica de «hombre razonable» (63), muestra una gran humanidad y comprensión, pero no cambia nada ni a nadie. La señora Dictrina, «la ministrante» (28), atiende a las parturientas, los enfermos y los moribundos de modo rutinario. Don Prócoro, el cura, es en su pueblo un patético baluarte contra la maldad. Por ejemplo, una vez que se le ocurrió predicar en la iglesia que «todos éramos hijos de un mismo Padre» (104-105), el Teotista armó un escándalo, amenazando al sacerdote.

En el seno de la familia Pérez, las figuras de bondad se caracterizan por su silencio. La callada influencia apaciguadora de la madre de Pacífico, Delgadina, sólo es evidente tras su penosa muerte, cuando los varones deciden hacerse una vida de hombres.¹⁵ La abuela Benetilde (nombre de resonancia gótica), recibía de la Virgen María a principios de siglo exhortaciones a la fraternidad y paz. Una tarde, por ejemplo, le había dicho: «Hija, di a los hombres que no se destruyan, que no se dejen llevar de la codicia, que no me olviden» (67); poco después, los del Otero la atacaron, quemándole la casa y dejándola casi muerta (una reacción semejante, aunque mucho más extremada, a la del Teotista frente a don Prócoro). Su caída en un silencio permanente, veinticinco años más

¹⁵ ¿Cuál podrá haber sido la intención del autor dándole a este personaje el nombre de la protagonista del famoso romance? Quizá fue tan sólo para acentuar la sensación de una pena antigua a tono con la resonancia ancestral de los demás nombres en la novela.

tarde, había tenido lugar mucho antes de nacer Pacífico, y las circunstancias que determinaron su mutismo quedarán desconocidas, siendo ella uno de los personajes más misteriosos de la novela. Su reprobación muda durará a través de la guerra civil y durante las primeras décadas del franquismo hasta 1957, cuando se suicida porque, como les dice en su carta a los de la familia, «sois malos» (98). Es terriblemente negativa esta «alternativa» a la violencia: el callarse, luego autoeliminar-se; su mensaje carece de todo optimismo.

La figura de conciencia más destacada dentro de la familia es la del tío Paco, un hombre bueno, con sabiduría natural, cuya autoridad, simbolizada por su vara, es respetada dentro del pueblo. Solitario en el campo, tanto sus costumbres como su nombre evocan al santo de Asís. Es la «oveja blanca» de los Pérez, lo opuesto a su hermano, pues, según Pacífico, «allí donde el Abue decía negro, el tío Paco decía blanco. O sea,

como el perro y el gato» (65). Este hombre sensible, que tanto le ha enseñado a Pacífico siendo niño, es el único que le defiende en la ocasión de su primer juicio; sigue escribiéndole a la cárcel y servirá de testigo para sus bodas. Pacífico dice que dentro de la familia él se ha llevado bien con el tío Paco, con su madre y con su abuela (65) —las tres personas de benignidad—. Es cierto que existen muchas semejanzas entre Pacífico y su tío —semejanzas que ayuda a destacar el doctor con sus preguntas y comentarios—, pues los dos tienen una sensibilidad parecida frente a la naturaleza y ambos rehúyen la violencia. Su tío le infunde la filosofía estoica concentrada en la repetida frase «de ahí no puedes pasar» como forma del dicho corriente, «del suelo no se puede pasar». El «pacifismo» del enigmático tío Paco en lugar de ser activo es más bien pasivo. Consiste en callarse, pues, según Pacífico, «callaba la boca cuando algo le acuitaba. Por un ejemplo, si el Bisa o el Abue mentaban sus guerras, él, mi tío Paco,

digo, se agarraba al bastón y se les quedaba mirando fijo, pero no decía palabra» (77). «Cuando penaba por algo», dice Pacífico, «lo que hacía era callar» (73), que es lo que hizo cuando, contestando a una pregunta de su sobrino, se vio obligado a describirle cómo, durante la guerra civil, habían tirado a más de cien personas, vivas, al hoyo de la Torca Palmera. He aquí una sugestión —nada más— de que las diferencias familiares de los Pérez pudieran reflejar las del pueblo español en ese terrible conflicto entre hermanos, pero Delibes nunca nos lo dice claramente, evitando así cualquier planteamiento político del problema. El mensaje parece ser que frente a la violencia innata de los hombres no cabe hacer nada, o sea, en términos simbólicos: frente a los recuerdos, vivos, de las guerras de antaño, perpetuados a diario dentro de la sociedad española, uno sólo puede callarse y aceptar, pasivamente, su suerte.

A estas figuras de conciencia hay que

añadir la del doctor, quien, gracias tal vez tanto a su educación como a su carácter, no tiene la misma inclinación a ser pasivo: lo demuestra su creciente interés en Pacífico a lo largo de las últimas conversaciones. Pero también serán fútiles sus esfuerzos por ayudarlo. Al final de la séptima entrevista, el médico, interesado, procura animarle a que no se resigne a la vida de la cárcel, diciendo que «si algo en la vida no nos gusta, lo que procede no es achicarse sino tratar de cambiarlo», a lo cual contesta Pacífico: «¿Como don Prócoro y mi tío Paco? Pues aviados andaríamos. Ya ve usted el pelo que han echado en el empeño. Por ahí fuera, para que usted se entere, no saben más que competir, y yo, de eso, nada, doctor» (293). En realidad, los infructuosos esfuerzos del sacerdote y de su tío no han cambiado nada; lo mismo puede decirse de esta última tentativa de parte del doctor para convencer a Pacífico: acabará frustrada tanto por la resistencia pasiva de éste como por la honestidad con que él mismo se atiene al cumplimiento de su

promesa de no utilizar las cintas. Igual que las otras figuras de conciencia en la novela, el doctor no ofrece ninguna solución viable.¹⁶

¹⁶ Es oportuno recordar a este respecto que Mario, el protagonista de una novela anterior de Delibes, representa un caso de impotencia e ineficacia patéticas con su buena voluntad que fracasa ante los males de la sociedad franquista.

La novela como imagen de la España franquista

Hemos visto que en esta obra de Delibes, llena de guerras de diversos tipos, la violencia es, en efecto, «simple», y que sus alternativas, promulgadas por las figuras de conciencia, no sólo son complejas sino casi imposibles. Quedó también establecido que la acción principal de la obra tiene lugar durante las primeras décadas que siguen a la guerra civil. Sin quitarle para nada su individualidad como personaje literario, quisiera sugerir que Pacífico Pérez es al mismo tiempo en alguna manera representativo de la primera generación de españoles nacida o crecida dentro del franquismo, y que la novela entera puede interpretarse como una imagen de tal época: una época en que la violencia todavía perdura dentro de un ambiente proclamado de «paz» (otra posible interpretación del nombre de Pacífico), una época de resignación y

de pasividad. Esto resulta más evidente en la etapa de la cárcel, donde el intento de evasión puede valer como la última «guerra» de la novela.

En la cárcel, según hemos visto, Pacífico se siente feliz, pues se ha librado de los cuidados y conflictos del mundo exterior. Allí está bien, tranquilo. Lo que el doctor procura demostrarle, y que de ninguna manera quiere él ver, es que dentro de la prisión o fuera los seres humanos siguen siendo lo mismo, y que huyendo del mundo no puede uno librarse del «sangra o te sangrarán» que es la vida. «Y ¿piensas que aquí estás libre de eso?» el doctor le pregunta al recluso al final del libro. «¿Qué hizo don Santiago con vosotros más que sangraros hasta dejaros exangües?» Pacífico contesta, defendiendo una vez más al Cerebro: «Usted si no deja tranquilo a don Santiago parece como que no quedara conforme, oiga» (292). En efecto, su repetida y apasionada defensa del que actuó como jefe de los otros presos, mandándolos como a simples reclutas de ejército, revela no

sólo la pasividad de Pacífico y su falta de sentido crítico, sino también su deseo de creer, ciegamente, en la autoridad y de obedecerla sin hacerse cuestión. Pacífico Pérez, un español del franquismo que padece de una especie de parálisis vital, *cree* en don Santiago. Su fe es tal que al final, cuando el médico sugiere que pueden condenarle a muerte en garrote si no declara que el asesino fue don Santiago —el cual «llevará cinco meses en el extranjero tocándose la barriga»—, Pacífico contesta que «en tal caso, ya se ocuparía don Santiago de que no paguen justos por pecadores» (291), afirmando que en otra ocasión (según lo que contaban en Góyar) ese hombre se había presentado para evitar la condena de un inocente.

El nombre de este indiscutido líder de los reclusos no es tampoco nada casual, pues tanto su propia leyenda anterior como la fe que tienen en él apuntan claramente al santo apóstol de España y, por extensión, al Jefe del Estado, quien, clemente, conmutaría la pena de muerte de Pacífico en 1961. En efecto, podemos

constatar que Pacífico Pérez fue salvado del garrote por la figura de máxima autoridad en España, quien le conmutó la pena a treinta años de reclusión, o sea, a treinta años más de «paz». España sería, pues, como una cárcel, o un sanatorio penitenciario, donde el español puede vivir tranquilamente, protegido de la violencia que ocurre en el mundo de fuera. En su deseo de paz, el español ha renunciado voluntariamente a la libertad. Pero, ¡ojo!: por mucho que quiera rehuir el conflicto, callándose o encerrándose, ni la violencia ni el abuso por parte del prójimo desaparecerán ya que son elementos básicos de la naturaleza humana. Es ésta la visión y la condena, silenciosa y aguda, de la vida española de las primeras dos décadas del franquismo que nos ofrece el autor de *Las guerras de nuestros antepasados*, el cual publica su novela en 1975, catorce años después de la condena de Pacífico Pérez, o sea, mediados los treinta años de paz sin libertad que a éste le fueron otorgados. Como cuadro histórico-social, esta obra, a primera vista tan

sencilla, comporta una crítica penetrante, a la vez que compasiva, de la España de las décadas del cincuenta y sesenta encarada desde el punto de vista de un español que vive en la década del setenta, cuando ya ha cambiado bastante la sociedad del país. Según esta interpretación, todos los tiempos de la novela —el cronológico de Pacífico Pérez, terminando en el presente de las conversaciones; el histórico de muchos de los acontecimientos; el eterno de la conducta humana; el presente del doctor-narrador que dirige su «documento» a un lector ficticio, contemporáneo suyo; y, finalmente, el presente en que escribe Miguel Delibes— se reúnen todos ellos para ofrecernos, en un conjunto de muchas capas, una personal visión de España.

Lo psicológico-moral: exploración de la condición humana

Con esta primera interpretación de la novela se combina otra —la que corresponde a una lectura psicológico-moral. Enfocada así, la obra se propondría una exploración de la condición humana, ya que, como hemos visto, la violencia es imputable en ella no sólo a las circunstancias histórico-sociales sino también, y básicamente, a la naturaleza del hombre. Es, pues, inherente a la concepción de *Las guerras de nuestros antepasados* el problema del bien y del mal que está ahí encarado desde dos ángulos complementarios: uno psicológico y el otro religioso. El primero de estos dos puntos de vista es el que adopta el médico en sus conversaciones con Pacífico y al dirigirse a su lector ficticio. Es la suya una actitud liberal y comprensiva que refleja muy bien la de las personas «ilustradas» (digámoslo así) de la década de los sesenta, cuando se ponía gran énfasis en lo psico-

lógico. Analizado desde esta perspectiva, Pacífico Pérez presenta un caso curiosísimo, en el fondo tan insondable para el médico como para el lector (lo cual refuerza, claro está, su interés como personaje literario). Pero nosotros, los lectores de la novela, podemos contemplar la figura de Pacífico con la distancia de quien no mantiene con él una relación personal (como el doctor) ni necesita pensar que está estudiando un caso científico (como el supuesto lector del «documento»), sino más bien con el criterio estético de quien aprecia una obra de arte literaria. Creo que una cuidadosa lectura de *Las guerras de nuestros antepasados*, así considerada, permite otra manera de entender el problema del bien y del mal dentro del libro: la que corresponde a los tradicionales valores del catolicismo, que con tanta frecuencia encuentran su expresión en la literatura española.

Hemos señalado la presencia en esta novela de dualidades tales como lo histórico y lo eterno, o lo específico y lo inconcreto. Si nuestra interpretación de *Las guerras de nuestros antepasados* como

una representación de España se basaba en los elementos históricos y específicos de la obra, una lectura de ésta como exploración de la condición humana se centra más bien en lo eterno y lo inconcreto que están en el fondo de tal interpretación. Hemos visto, por ejemplo, que la violencia se repite generación tras generación. Hemos hecho notar, también, el simbolismo de algunos de los nombres que Delibes ha dado a sus personajes. Finalmente hay que señalar el carácter representativo de la mayor parte de los sitios geográficos de la novela, con la excepción de los de acontecimientos históricos: la acción tiene lugar en Castilla,¹⁷ y los nombres de lugares como Humán del Otero y Prádanos, aunque son ficticios, están emparentados con nombres reales que se encuentran en la región.¹⁸ De este modo se está sugiriendo un

¹⁷ «en la provincia de Burgos, en su límite de la de Santander» (carta de Miguel Delibes a Carolyn Richmond, 13 marzo 1980).

¹⁸ Existen en la provincia de Burgos, por ejemplo, varios pueblos o aldeas con un nombre compuesto de «Prádanos», y el de «Otero» es frecuente en León y Oviedo.

escenario, aunque ficticio, geográficamente dotado de permanencia.

Esta permanencia en un espacio fijo y fuera del tiempo está reforzada por el papel importante que desempeña la naturaleza en el libro. Recordemos que «de chaval» Pacífico revelaba una enorme simpatía hacia las plantas y los animales, hasta compartir sus penas, pues gracias al tío Paco se enteró de que «los árboles sufren, y los ríos hablan y que el humo de las chimeneas era como la vida» (72). Por ejemplo, según él cuenta, le dolían los labios cuando el Abue le quitaba los anzuelos a una trucha (32), o sentía llorar la higuera recién podada, cuyos muñones luego vendaría (60).¹⁹ Durante toda su vida Pacífico tendrá con la naturaleza una relación armoniosa, catando colmenas sin carilla ni humeón y cuidando con esmero el pequeño jardín que penosamente se construyó ya una vez en Navafría. A esto hay que añadir que sus relaciones con la Candi tu-

¹⁹ Pacífico demostraba, también cuando niño, una hipersensibilidad en reacción a la crueldad humana.

vieron como escenario, o la naturaleza salvaje, o el abandonado pueblo de Prádanos que aquélla estaba reclamando.

La asociación al comienzo del libro entre la naturaleza y el estado de inocencia trae a la mente la idea del paraíso perdido. En efecto, creo que el problema del bien y del mal en *Las guerras de nuestros antepasados* encuentra su expresión en una reelaboración muy peculiar de la historia del pecado original. No se trata de una repetición de la escena del paraíso, sino de sugerirla aportando sus elementos simbólicos sueltos para que operen por vía subconsciente en la mente del lector. El Edén estaría representado en esta novela por la finca del tío Paco, donde crece el Hibernizo, un manzano singular que florece y fructifica a destiempo, produciendo en invierno camue-sas de propiedades especiales.²⁰ El Abue,

²⁰ El Hibernizo está descrito como un «Edenic symbol» por Janet W. Díaz y Ricardo Landeira en un estudio comparativo de *Las guerras de nuestros antepasados* y *El príncipe destronado*, estudio que se publicó después de enviado a la imprenta nuestro tex-

por su parte, coleccionaba culebras vivas que le hacían temblequear a Pacífico (mientras que su hermana Corina se llevaba perfectamente bien con ellas). Sobre este telón de fondo, la acción de la cuarta conversación puede interpretarse como una nueva representación de la historia de nuestros primeros padres, pues en las relaciones entre Pacífico y la Candi es la mujer quien tienta al hombre, seduciéndole y poniéndole así bajo su control. La primera vez que ocurre esto, la Candi se desnuda, al aire libre, y le dice: «Así hemos de volver a vivir, Pacífico, como Adán y Eva en el paraíso, ¡desnúdate!» (140); y cuando, al final, el Teotista topa con ellos —desnuda ella y él en paños me-

to. En este artículo, titulado *Structural ant Thematic Reiteration in Delibes's Recent Fiction* (*Hispania*, 63, Núm. 4 [diciembre, 1980], 674-84), los autores analizan sobre todo las semejanzas existentes entre ambas obras en cuanto a los temas de la guerra, la religión, la fuerza negativa del progreso y las relaciones del individuo con la sociedad, señalando además la existencia en nuestra novela de ciertas escenas paralelas que, según los críticos, desempeñan en ella una función paródica.

nores— la reacción de la mujer es cubrirse con las manos, avergonzada. El resultado del pecado es la agresión no provocada de Pacífico contra el Teotista (y aquí viene a la memoria también el primer fratricidio), lo cual coloca el tema de la relación —estudiada antes— entre la violencia y el acto sexual en una perspectiva mítica.

Es interesante notar —y se lo señala con sorpresa el doctor a Pacífico— que éste había experimentado conciencia de pecado en cuanto a sus «excesos carnales» (171) (y hasta los había confesado al cura) pero que, en cambio, no está arrepentido del homicidio. Al final reconocerá —a su manera— la culpa solidaria de la humanidad, pues defiende su silencio en cuanto al crimen de don Santiago diciendo que «en su pellejo, en el de don Santiago, digo, hubiera hecho otro tanto. Todos somos culpables, ¿no cree?» (293). Mente extraña, la de Pacífico Pérez, quien interpreta a su modo la moral cristiana sin acatar el mandamiento «no matarás».

Conclusión

Este hombre primordial, a la vez sensible y rudo, representante de la condición humana que nace del pecado original, ha crecido dentro de una sociedad dominada por la violencia, donde las personas decentes o se callaban, o morían. Tanto la vida del pueblo como la de Góyar se caracterizaban por su falta de auténtica libertad. La persona libre tiene, gracias a su libertad (libre albedrío se llama en términos religiosos), conciencia del bien y del mal. Pacífico carece de voluntad, prefiriendo acabar su vida en el «paraíso» negativo de Navafría, cuidando su jardín. Privarle a uno de la libertad —como era el caso en la España de Franco— es reducirle a su estado primordial donde no sabe escoger entre el bien y el mal. Dado que el hombre sigue siendo básicamente violento, se creía necesario «encerrarle» por su propio bien, proporcionándole así la seguridad y, como hacía

el régimen, la «paz». Pero, en este estado de seguridad, comprada a precio de la libertad, la verdad nunca puede ser más que parcial, según puede comprobarse al final de la última conversación, que nos deja en un estado de perplejidad, pues en ella tanto la justicia como la verdad resultan elusivas.

La propensión de los seres humanos a la violencia, sugiere Delibes, se intensifica cuando carecen de libertad, pues mediante la contrapartida de la responsabilidad, ésta es condición indispensable para el desarrollo del sentido moral. Pero, ¿creía el autor que la libertad política conduciría a un verdadero «paraíso»? No; en esta novela, publicada en el que sería año clave para la reciente historia de España, Miguel Delibes no propone ninguna conclusión arriesgada ni fácil. Fiel al lema adoptado para el libro, el autor nos hace ver que la violencia es condición innata del hombre. Por eso insiste sobre la recurrencia de las «guerras». El título, debemos, pues, entenderlo no sólo referido a las tres guerras de los antepasados de

Pacífico (y del doctor, como de cualquier español contemporáneo), lo cual le otorga un alcance histórico-social, sino también a todas las guerras —pretéritas, presentes y futuras— de la humanidad.

Si, como pudiera ser, el nombre de Góyar dado por él a un pueblo español tuviera la intención de suscitar en la mente del lector una asociación fónica con el del grabador de la serie de los *Desastres de la guerra*, esta buscada asociación estaría probablemente basada en la empatía entre la visión que el novelista tiene de dicha realidad y la que el gran pintor plasma en la serie aludida, como en gran parte de la obra suya. Incluso pudiera apuntarse, para confirmar esa posible inspiración, que una escena clave de la novela, la de la fuga de la penitenciaría, está dada por el escritor en blanco y negro, con el contraste mismo de los aguafuertes. La temática de la violencia repite en Delibes la de los *Desastres de la guerra*, e incluso termina, como éstos, en una dubitativa apelación a la verdad.

Nueva York, abril de 1980